

oía después y doce en la semana que siguió a aquella. Con ellos volvía la alegría a todo el país, y había fiesta y regocijo en casa de las esposas y de las madres; fiesta también en las tabernas, donde las hermosas muchachas paimpolesas servían de beber a los pescadores.

La *Leopoldina* figuraba entre los que tardaban, que eran en número de diez, los cuales eran aguardados de un día a otro. Gaud se sumía en esa deliciosa embriaguez de la esperanza de una dicha cercana, y todo se le volvía limpiar y arreglar las cosas para que la casa estuviera reluciente y en orden a la deseada llegada del ausente.

Tres barcos más hicieron su entrada en la rada, de los diez que se estaban esperando todavía, y dos días después fondearon juntos otros cinco. Falta- ban dos solamente.

—Vamos, Gaud—le decían riendo las gentes—; este año, o la *Leopoldina* o la *María Juana* van a ser los encargados de barrer el camino de la vuelta.

Y Gaud también se reía, más animada y más linda en la alegría que veía tan inmediata.

## XXXVII

Iban pasando días.

Gaud continuaba esmerándose cotidianamente en su tocado, hablando alegremente con las personas conocidas, yendo cada día al puerto para ver si se tenía noticia de aquellos dos barcos. Ella encontraba natural la tardanza. ¡Qué! ¿Acaso no sucedía lo mismo todos los años? Y luego ¡unos barcos tan hermosos, tripulados por tan buenos marinos!

Pero cuando entraba en su casa, llegada la noche, no podía reprimir ciertos estremecimientos de ansiedad y de angustia.

Pero, en fin, ¿de qué se sobrecogía? ¿Había motivo para alarmarse?

Margarita se asustaba de tener ya miedo...

\* \* \*

El 10 de septiembre... ¡Con qué rapidez pasaban los días!

Una mañana en que había ya una bruma fría sobre la tierra, el sol naciente la encontró sentada bajo el pórtico de la capilla de los naufragados, en el sitio adonde van a llorar las viudas; sus ojos

estaban fijos y sentía sus sienes oprimidas como por un anillo de hierro.

Dos días hacía que el alba se levantaba velada por tristes brumas, y aquella mañana se había despertado Gaud con una inquietud más punzante, a causa de aquella impresión del invierno... ¿Qué tenían aquel día, aquella hora, aquel minuto, más que los precedentes?... Se ven barcos que tardan quince días, un mes más de lo que se había previsto.

Pero sin darse bien cuenta, por un movimiento irresistible, había encaminado sus pasos al pórtico de la capilla que guardaba la memoria de los muertos.

Dondequiera que dirigía sus ojos divisaban éstos las fúnebres inscripciones de las paredes...

*A la memoria de  
GAOS (IVON), perdido en el mar,  
cerca de Norden-Fiord...*

.....  
En esto, una gran ráfaga de viento que se levantó del mar, hizo rodar, con un ruido siniestro, las hojas secas de los añosos árboles que rodeaban la capilla. ¡Parecía el anuncio del invierno! Gaud seguía leyendo maquinalmente:

*... cerca de Norden-Fiord,  
en el huracán del 4 al 5 de agosto de  
1880.*

Otras ráfagas siguieron, que arrastraban nuevos montones de hojas marchitas hasta el interior del pórtico, como si el viento del Oeste, que había sembrado aquellos muertos sobre el mar, quisiera saciar su furia en las lúgubres inscripciones que recordaban sus nombres a los vivos.

Margarita contemplaba con involuntaria persistencia un sitio vacío, sobre el muro, que parecía aguardar una nueva lápida... Era aquélla una obsesión terrible, que en vano luchaba por desechar.

Y, a pesar suyo, seguía leyendo el triste letrero:

*... del 4 al 5 de agosto  
de 1880,*

*a la edad de veintitrés años.*

*¡Descanse en paz!*

La Islandia se le aparecía con el pequeño cementerio que Juan le describió antes de su partida; la Islandia lejana, desolada, débilmente iluminada como desde abajo por el sol del Mediodía.

...Y de pronto, siempre en aquel mismo sitio vacío del muro que ya había atraído su mirada con su fatídico aspecto, tuvo con una claridad horrible la visión de la lápida nueva en que momentos antes había pensado: una lápida flamante, con una calavera y dos huesos en cruz, y en el centro un nombre, el nombre adorado: ¡Juan Gaos!

...Entonces se puso en pie, como movida por un resorte, arrojando un grito estridente como una loca,

Allá fuera, la bruma gris de la mañana continuaba extendida sobre la tierra, y las hojas muertas seguían haciendo irrupción bajo el pórtico, ejecutando fantásticas danzas a impulsos del viento.

De pronto, Gaud sintió pasos en el sendero que conducía a la capilla. Entonces se levantó, reparó en un momento el desorden de su tocado y trató de serenar su fisonomía. Los pasos se aproximaban. La joven hizo un esfuerzo sobrehumano para afectar el aire de una persona que estaba por pura casualidad en aquel triste sitio, no queriendo por nada del mundo que la tomaran por la viuda de un náufrago.

La que se acercaba era precisamente Fante Floury, la mujer del segundo de la *Leopoldina*. Fante comprendió en seguida a qué había ido allí Margarita; era inútil fingir con ella. Las dos mujeres permanecieron mudas al encontrarse en presencia la una de la otra, cada cual más asustada que antes, casi encolerizadas de encontrarse allí juntas en un mismo sentimiento de terror.

—Todos los pescadores de Tregnier y de Saint-Brieuc han regresado hace ya ocho días—dijo Fante, por fin, con una voz sorda y como irritada.

Traía en la mano un cirio para dejarlo en el altar de la Virgen.

Gaud no había querido apelar a aquel recurso extremo de las mujeres desoladas. Pero, sin decir nada, entró en la capilla detrás de Fante, y las dos se arrodillaron juntas, como dos hermanas.

Empezaron sus plegarias, ardientes, dichas con

toda el alma, a la Santa Virgen, Estrella del Mar. Y bien pronto no se oyó más que el ruido de sus sollozos confundidos, y sus lágrimas regaron abundantemente el suelo de la capilla.

Levantáronse al cabo de una hora más tranquilas, más confiadas. Fante ayudó a Gaud, que vacilaba, y ambas se abrazaron estrechamente.

Y luego, después que hubieron enjugado sus lágrimas, arreglado sus cabellos y limpiado un poco sus faldas, llenas de polvo, las dos tristes mujeres se marcharon, sin decirse una palabra, cada una por distinto camino.

tanta el alma a la Santa Virgen. El viento del mar  
 y el humo de la chimenea no se oían ya. El viento de sur  
 colólosos con sus alas y sus plumas negras y blancas  
 blandamente el viento de la noche.  
 Levantándose al cabo de una hora de silencio  
 las tres comadres. La más vieja y la más joven que se  
 eleva y volaba se eleva en el cielo.  
 Y luego después que habían concluido sus  
 asuntos arreglados sus vestidos y limpiado sus  
 sus vestidos, las tres comadres se eleva en el  
 res se eleva en el cielo. En la noche una paloma  
 una por el camino.

## XXXVIII

Aquel final de septiembre se parecía a otro ve-  
 rano, aunque más melancólico. Hacía tan buen  
 tiempo, que sin las hojas secas que tapizaban los  
 caminos, hubiérase dicho que era el alegre mes de  
 junio. Los esposos, los prometidos, todos estaban  
 de vuelta en sus hogares, y por doquiera reinaba  
 la alegría de una segunda primavera de amor.

Un día, en fin, el vigía anunció que se divisaba  
 al *largo* uno de los barcos de Islandia que estaban  
 en retraso. ¿Cuál sería?...

No tardaron en formarse grupos de mujeres,  
 mudas, ansiosas, sobre las rocas que dominan el  
 mar.

Gaud, temblorosa y pálida, estaba allí también,  
 al lado del padre de Juan.

—Creo que son ellos—decía el viejo pesca-  
 dor—; estoy casi cierto de que son ellos. Si no  
 son es un barco que se parece muchísimo. ¿Qué  
 opinas tú, Gaud? Pero no—prosiguió al cabo de  
 unos instantes con marcado desaliento—; la proa  
 de ese barco no es como la de la *Leopoldina*, y la  
 mesana tampoco me parece la misma. Debe de ser

la *María Juana*. Pero ellos no deben tardar, hija mía; los tendremos aquí de un día a otro.

Y los días venían después de los días, y las noches sucedían a las noches con una tranquilidad inexorable, sin que se supiera de la *Leopoldina*.

Gaud continuaba cuidando su tocado, más bien por el constante miedo de parecerse a la viuda de un naufrago, exasperándose cuando las otras mujeres tomaban con ella un aire de compasión y de misterio, apartando los ojos cuando se las encontraba, para no tener que soportar aquellas miradas, que la helaban.

Ahora había tomado la costumbre de irse desde por la mañana a lo último de la costa, sobre las rocas de Pors-Even, pasando por detrás de la casa paterna de Juan para no ser vista por la familia de éste. Allí se pasaba la mayor parte del día, sentada al pie de una gran cruz aislada que domina los lejos inmensos de las aguas.

Hay allí por todas partes de esas enormes cruces de granito que se erigen sobre las rocas avanzadas del país como pidiendo perdón; como para apaciguar a la gran cosa móvil, misteriosa, que atrae a los hombres a su seno y no los devuelve, guardando para ella con preferencia los más valientes y los más jóvenes.

En derredor de aquella cruz de Pors-Even había las landas eternamente verdes, tapizadas de cortos juncos. A aquella altura el aire del mar era muy puro y estaba deliciosamente impregnado de los olores de las hierbas marinas.

El mar tenía a lo lejos el brillo y la tersura de un espejo. Del fondo de todas las bahías subía un rumor de caricia, una sensación de lejanías tranquilas, de profundidades suaves. El gran sepulcro azul, tumba de los marinos, guardaba su misterio impenetrable, mientras las débiles brisas paseaban el perfume de las florecillas nacidas al calor del último sol de otoño.

A ciertas horas regulares el mar bajaba, formando grandes manchas, como si lentamente se vaciase, para volverse a llenar con la misma lentitud en el eterno vaivén de las aguas, sin curarse para nada de los muertos.

Y Gaud, sentada al pie de la cruz, permanecía en medio de aquellas inmensas tranquilidades, hasta que la caída de la noche le impedía ver a lo lejos.

\* \* \*

Septiembre llegó a su fin.

Ya Gaud no tomaba casi alimento, ni dormía. Se estaba acurrucada en casa, con las manos entre las rodillas y la cabeza apoyada en la pared. ¿Para qué el cuidado cotidiano de acostarse ni levantarse? Cuando se sentía demasiado fatigada se echaba en la cama sin quitarse el traje. Sentía constantemente un frío intenso que le hacía rechinar los dientes, y aquella impresión de un círculo de hierro que le apretaba las sienes. Otras veces sentía fiebre, y de su garganta salía un gemido ronco

que se repetía largo tiempo, inconscientemente. En ocasiones empezaba a llamar a su marido por su nombre, tiernamente, como si estuviera a su lado, y le decía mil cosas tiernas de mujer enamorada.

No tenía ya la noción de los días; no quería saber cuánto tiempo había pasado desde que Juan podía estar de vuelta.

Generalmente, cuando ocurre un naufragio, se tiene algún indicio de él: un barco ha encontrado algún destrozó del buque; algún cadáver flotando sobre las aguas; algo, en fin, que indique el siniestro. Pero de la *Leopoldina* nadie sabía nada. Los de la *María Juana*, los últimos que la habían visto el 2 de agosto, decían que había debido remontarse más hacia el Norte a continuar su pesca. Después empezaba el misterio impenetrable.

¡Esperar siempre! ¿Cuándo llegaría el momento en que ya le fuera imposible esperar? Casi prefería la horrible certeza a aquella existencia de ansiedad infinita.

¡Oh! ¡Si había muerto, que tuvieran al menos la piedad de decírselo!

Quisiera ella que la Virgen, a quien tantas plegarias fervientes había elevado, le comunicase el don de la doble vista para poder distinguir a su Juan, vivo, maniobrando en su barco para volver a puerto, o bien su cuerpo inanimado en el fondo del mar... ¡Quería saber, quería estar segura de algo!

Algunas veces surgía en ella el sentimiento de

una vela que aparecía en el fondo del horizonte: ¡la *Leopoldina*, que estaba a la vista, navegando a todo trapo para llegar más pronto! Entonces hacía un movimiento irreflexivo para levantarse, para correr a las rocas de Pors-Even a ver si era verdad... Pero un momento después volvía a caer aniquilada en la silla. ¿Quién sabía donde estaba la *Leopoldina*? Sin duda, allá abajo, en aquella espantosa lejanía de la Islandia, abandonada, triturada, perdida para siempre...

Y sus soliloquios concluían siempre por aquella visión fatídica, siempre la misma: un casco de buque hecho pedazos, mecido por un mar silencioso de color gris rosa; arrullado lentamente, sin ruido, con una suavidad extrema por terrible ironía, en medio de una gran calma de aguas muertas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
1957  
MEXICO